

TÍA EDITH Y LA CASA GRANDE

Es difícil imaginar cómo era Tía Edith hace treinta años al verla caminar por los corredores vacíos de piso percutido de la gran casa verde del Barrio de la Recolección de Guatemala. Ahora, gorda y vieja, de papada gelatinosa y andar lento, respiración asmática y voz quejumbrosa, nadie puede intuir que alguna vez sus piernas fueran uno de sus principales motivos de orgullo, junto con sus protuberantes pechos, los mismos que poco antes de llegar a los sesenta se operó para que el sostén no le hiciera surcos sobre los hombros. Tía Edith hace juego con su entorno: la casa en donde vive no es más que la sombra de lo que fue en otros tiempos, cuando estaba llena de gente y ruido, con la paredes pintadas y sus puertas barnizadas. Fue su padre quien construyó los corredores en los que Tía Edith transita ahora arrastrando los pies mientras escucha el eco de las voces de todos los que vivieron o pasaron por ahí. Fue él quien escogió los pisos, el vidrio opaco de la puerta de cancel que divide

el patio del comedor, la madera para los alféizares, la forma de la cornisa de la terraza. Ahora sólo se mueven por esos pasillos umbríos ella y el eterno niño que es su hijo Robertito, grande y voluminoso como su madre, de frente y quijada protuberantes y andar bamboleante, que a veces solloza sin razón aparente en los rincones oscuros del fondo de la casa. ¡Quién la viera ahora preocupada por el reuma, el dolor de la columna y la rodilla que dice ya no le responde! Hace treinta años, sin embargo, cuando aún no había perdido la esperanza de casarse como sus hermanas, como Carmencita, Esthercita, Raquel y Sara, ni lejanamente pensaba en que podía dolerle algo más que los ovarios el día anterior a la llegada mensual de la regla.

Tía Edith tiene todo el tiempo para ella y Robertito porque se jubiló hace ya más de quince años. Llevó expedientes en un juzgado, tomó café todos los días con sus compañeros de trabajo a las tres de la tarde y luego se marchó por problemas en la columna. Está satisfecha. Lo que tanto le preocupó, de qué viviría cuando se quedara sola, se solucionó con una jubilación como funcionaria pública. Ahora puede dedicarle su tiempo a Robertito, cuidarlo, enseñarle a sobrevivir para cuando tampoco ella esté y él se quede vagando por esos corredores, y deba resolver sin ayuda los pequeños menesteres cotidianos.

Llega a visitarlos con frecuencia alguno de los hijos de Raquel, la hermana mayor, la que ahora tiene Alzheimer casi a los ochenta años. Llegan sobre todo los dos mayores, Gerardo, el

que dice haber perdido la memoria después de golpearse al caer de un caballo y el otro, Alfonso, el mantenido, el que vive a expensas de su mujer comerciante y contrabandista. Le atienden pequeñas necesidades y Tía Edith dice que son su paño de lágrimas, sobre todo Gerardo, a quien algunos de sus primos llaman el desmemoriado. Conocen esa casa desde niños, la que fue primero de sus abuelos y ahora es de Tía Edith. Ocupa un lugar en su vida, es un punto de referencia de su infancia lejana. En ella deambula, a veces, el fantasma de la abuela y de vez en cuando, de improviso, recorriendo sus pasillos, son asaltados por su recuerdo.

La abuela, que hoy es un fantasma pero que estuvo presente y presidió la casa después de emerger de la penumbra tras la muerte del abuelo, a quien sirvió siempre y a quien sobrevivió por treinta años. Nudo central de intrigas, encrucijada de caminos divergentes, sabedora y portadora de secretos, gestora de luces y de sombras. Ahora es un fantasma que a veces está sentado al borde de la cama zurciendo calcetines y parece que Robertito la ve, y no puede contener los sollozos y se acurruca en una esquina de la habitación en donde duerme, a los veintiséis años, con la Tía Edith, y no hay nada que le calme el llanto por horas, mientras en la casa se escucha el lamento que se expande melancólico llenándola de un halo de tristeza a tono con las paredes despintadas y los pisos percutidos. Dice Tía Edith que él la ve y llora, no porque sienta miedo sino porque sabe que ésa no es la abuela, y que

nunca más sentirá sus manos en la cabeza haciéndole cariño antes de dormir. Puede ser tonto, o retardadito, como le dice con cariño la muchacha de la tienda en donde compra el pan por la tarde enviado por Tía Edith, pero sabe muy bien que la muerte significa irse para siempre.

Robertito, el hijo que estigmatizó a su madre, el castigo divino. Pero al final, cuando recorre la casa vieja y achacosa, él está ahí para hacerle compañía, ayudarla, ver la telenovela juntos y decirle buenas noches antes de apagar la luz. No fue castigo, entonces, sino envío de Dios: un niño eterno para acompañarla, para no dejarla sola en esa casa grande llena de resonancias y recuerdos; un niño en cuerpo de hombre que puede amedrentar a los que no lo saben inocuo y quieran hacerle algún daño cuando tiene que salir a ese lugar inhóspito que es la calle. El regalo del cielo que todos predijeron que sería su cruz, su maldición, por haberlo concebido en pecado, lujuriosa y gozosamente, sin bendiciones ni recatos, lejos del ojo escrutador de la madre y la disciplina del padre, aunque ella tuviera ya treinta y ocho años. Por él fue insultada y vilipendiada, por él se sintió un trapo sucio, una pecadora, porque no podía quitarse de la cabeza y agradecer los efímeros momentos de placer, aunque hubieran desembocado en ese hijo no querido.

Robertito no sabe nada. Creció rodeado del cariño de los abuelos quienes, después de zanzanear a la hija, aceptaron al recién nacido y lo

rodearon de atenciones viendo por sus más mínimas necesidades desde el primer día, antes incluso de recibir la noticia que tenía problemas, que nunca sería como los demás nietos. No sabe, entonces, el vía crucis que fueron esos meses anteriores a su nacimiento, cuando Tía Edith, angustiada, tomó pastillas tranquilizantes que quizás eran las culpables de su retardo. Tres pastillas al día, una por la mañana, otra al medio día y otra por la noche para pasar aturdida, durmiendo profundamente hasta babear la almohada y ver vagamente cómo se acercaban a hablarle; pero ella ni siquiera tenía capacidad para comprender lo que esos rostros borrosos le decían, inmersa como estaba en un mundo de brumas en el que no sentía la terrible angustia de la deshonra y no pensaba en cómo se lo iba a decir a sus padres, en cómo lo iban a tomar las hermanas y los hermanos.

Afortunadamente, Robertito no sabía nada; ya bastante había tenido con crecer en esa casa con los dos viejos y la madre que se sentía culpable de haberlo tenido sin la bendición del matrimonio. No tenía idea siquiera de que el apellido que llevaba no era el de su verdadero padre, quien no sabía que Robertito existía; nunca lo supo ni nunca lo sabría, porque Tía Edith fue clara desde el principio, no quería que ese asqueroso supiera nada de él. Fue por eso que recurrió a Homero, que había sido tan bueno con ella, que la invitaba a tomar café siempre que llegaba a la ciudad. Y él, condescendiente como nadie, bueno hasta decir basta, pan de

Dios, paño de lágrimas, consuelo de los desvalidos, le había dicho que sí, que le daría su apellido, aunque fuera tan sólo para cubrir en algo las apariencias, porque ya todos sabían que él no era el padre, que vivía en otro país y sólo por arte de magia habría podido engendrar ese hijo. Fue así como Robertito fue inscrito como Valdés, Roberto Valdés Gutiérrez, y pudo tener un apellido para que no tuviera nunca que avergonzarse de llevar sólo el de la madre por ser hijo natural. Fue Homero quien lo salvó con su alma buena, el que le dio un nombre y lo reivindicó ante los ojos del mundo. Fue un verdadero milagro que existiera, y ya desde ahí quedó claro que Dios no quería castigarla realmente, que Él, en su divina misericordia, en su infinita bondad, le había puesto una prueba durísima en el camino pero le daba, también, los medios para superarla y salir adelante. Ahí fue cuando se sintió renovada y con fuerzas, cuando reaccionó y dejó las pastillas porque tuvo conciencia que podían ser dañinas, aunque ya debió haber sido demasiado tarde porque el cerebro de Robertito ya había sufrido daños irreversibles que lo iban a limitar toda la vida. Pero de eso no se dieron cuenta sino hasta mucho tiempo después, cuando el niño llegó al año de edad y presentó problemas para caminar, para fijar la atención o para pronunciar sus primeras palabras. Antes no, cuando ella logró salir del letargo después que Homero dijo que sí, que cómo no, que con mucho gusto y a mucha honra él le daba una manita en esas circunstancias, ella no creía que pudiera haber